BRÚJULA COTIDIANA
Director Riccardo Cascioli
HECHOS PARA LA VERDAD

ELECCIONES

Alemania, el “muro” contra AFD demuestra que Vance tenía razón

INTERNACIONAL 25_02_2025

Eugenio Capozzi

Los resultados de las elecciones alemanas representan un nuevo golpe a la ya muy dañada credibilidad de la clase política que durante muchas décadas se ha alternado en el gobierno del País más poblado, rico e influyente de Europa continental.

De hecho, las presentes consultas han producido por enésima vez una situación de estancamiento paradójica y casi surrealista a la que la política del Viejo Continente nos tiene tristemente acostumbrados: los votantes dan una respuesta inequívoca y clara, pero el sistema político vigente no la tendrá en cuenta, la eludirá y producirá resultados totalmente contrarios a ella.

En Alemania, desde que apareció en la escena política la formación política soberanista de derecha *Alternativa para Alemania* (Alternative für Deutschland), el sistema político se ha vuelto literalmente loco, porque contra ella se ha puesto en marcha, por parte de las otras fuerzas, una rígida *conventio ad excludendum*, centrada en su burda demonización como partido antidemocrático, subversivo, incluso neonazi. Una exclusión similar a la que agitan las fuerzas *mainstream*, de centro-derecha e izquierda, contra otros partidos de la nueva derecha europea, como el *Rassemblement National* de Marine Le Pen, *Fratelli d'Italia* y la *Lega*, *Derecho y Justicia* en Polonia, *Fidesz* de Orban en Hungría, *Vox* en España, etcetera.

Si bien en Italia, como en los Países Bajos, Polonia y Hungría, a pesar de los intentos de marginarlas, las fuerzas populistas/soberanistas han logrado conquistar el gobierno ganando las elecciones y/o formando coaliciones con otros partidos, y en otros no han alcanzado un nivel de consenso tal que haga plausible esta posibilidad, en las dos naciones que durante mucho tiempo han constituido el «eje» de la *gobernanza* de la UE, Alemania y Francia, las cosas han ido de manera diferente. Los demás partidos, aunque extremadamente diferentes y opuestos entre sí, con tal de no permitir que las derechas supuestamente «extremas» llegaran al poder, idearon los más acrobáticos trucos y formaron las alianzas más improbables, reivindicando incluso explícitamente el imperativo de implementar un verdadero «cordón sanitario» o «muro» contra los supuestos «nuevos bárbaros».

Así lo hizo el año pasado el presidente transalpino Emmanuel Macron, convocando elecciones anticipadas tras el éxito de Marine Le Pen en las elecciones europeas, y luego coaligando en la segunda vuelta de las elecciones en cada colegio electoral a su partido con toda la izquierda para arrebatarle la mayoría al RN, a costa de encontrarse con el acertijo de mayorías de gobierno casi imposibles y, por tanto, con ejecutivos muy frágiles y el espectro siempre presente de nuevas consultas. Y así, en

Alemania, el candidato a canciller de la Unión CDU/CSU, Friedrich Merz, ha anunciado desde la campaña electoral que ha prometido no buscar la alianza de AFD después de la votación, a pesar de que las encuestas predicen una gran afirmación del partido de Alice Weidel *(en la foto LaPresse)*.

Una práctica que no por casualidad ha sido implementada por las familias políticas *mainstream*, incluso a nivel de la Unión, con la persistente exclusión, después de las elecciones europeas, de la mayoría de la Comisión para la derecha soberanista ganadora (salvo el acuerdo con Meloni) y la reconfirmación de la presidencia de Ursula von der Leyen, casi como si nada hubiera sucedido.

Ahora, el resultado de las urnas en Alemania, que confirma ampliamente las previsiones, presenta una situación política realmente absurda. En un País normal, y en un continente normal, no habría dudas sobre quién ganó y en qué dirección indicaron los votantes: Alemania ha girado decididamente a la derecha. La suma de los votos de la CDU/CSU (28,5%) y los de la AFD (20,8%) es del 49,3%, el mayor aumento de apoyo es precisamente el de la derecha soberanista de Weidel (+10,42, se duplicó, frente al 4,38 de los democristianos), y la suma de los escaños conquistados por los dos partidos alcanzaría con creces la mayoría en el Bundestag (208 + 152, 360 de 630).

Los socialdemócratas son los grandes perdedores, perdiendo un 9,29% y cayendo al 16,41%; los Verdes caen más de 3 puntos hasta el 11,61%, los liberales incluso se quedan por debajo del umbral de bloqueo y fuera del Parlamento federal. La única otra fuerza que gana es la izquierda radical Linke. Y si se observa qué partidos han obtenido la mayoría en las distintas circunscripciones electorales, el efecto es aún más claro e impresionante. El territorio de la República Federal, salvo algunos «puntos» esporádicos de izquierda, está prácticamente dividido en dos según la antigua división entre las dos Alemanias: la CDU/CSU gana en todas partes en el oeste, la AFD gana en todas partes en el este.

Sin embargo, Merz confirma la *conventio ad excludendum* hacia Weidel, y se dispone a intentar formar una «gran coalición» con los perdedores socialdemócratas, que tendría una mayoría extremadamente incierta (328 escaños, apenas 13 por encima del 50%). Una vez más, las instancias representadas por un partido de derecha soberanista son ignoradas y rechazadas, despreciando a la parte de la sociedad que las confía a él.

La AFD, como se ve en la distribución de votos mencionada, expresa sobre todo las demandas y preocupaciones de las zonas económicamente más desfavorecidas del

País. Y, como muchos otros partidos de su familia política, no presenta propuestas subversivas ni extremistas, sino todo lo contrario, típicas de una fuerza política de derecha pro-mercado y «ley y orden». Pide un cambio de rumbo con respecto al desastre social construido por los gobiernos europeos en las últimas décadas: planes *verdes ideológicos* y ruinosos que han destruido literalmente la industria y sembrado el desempleo; una apertura desenfrenada a la inmigración masiva que ha propagado la delincuencia y el terrorismo, reduciendo los salarios; la alimentación unidireccional del conflicto ruso-ucraniano, que ha puesto aún más de rodillas al suministro de energía y a la economía.

La negación de legitimidad a sus argumentos y la obstinada negativa a considerar sus propuestas para un programa de gobierno de centro-derecha no tienen ninguna justificación racional, salvo el atrincheramiento de una clase política, alemana y continental, aún convencida de poder gobernar con una lógica dirigista y paternalista, sin voces contrarias, como si los gobernados fueran un dócil instrumento suyo y como si el mundo que lo rodea, con las cuestiones reales que plantea, no existiera.

Un atrincheramiento que confirma precisamente, a pesar de las reacciones indignadas que ha recibido de esa clase política, las acusaciones lanzadas por el vicepresidente estadounidense J. D. Vance en su discurso de Múnich. Lo que está sucediendo hoy en Alemania es una prueba más de que el Viejo Continente presenta un retroceso crónico —y agudo— de los principios de libertad y democracia, y está ampliamente dominado por élites que abogan abiertamente por la censura de las ideas de sus ciudadanos, se desentienden de sus problemas reales e ignoran la opinión que expresan con su voto.